

**JESÚS, EL ESPÍRITU Y EL CARISMA
(MATRIZ JESUÁNICA Y PNEUMATOLOGÍA EN EL
DISCERNIMIENTO DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS EN LA VIDA
RELIGIOSA)**

Manuel Antonio Teixeira SCJ.*

ABSTRACT:

The charisms are the acting force of the Spirit in the Church. Only realized from the human categories, from a humanly possible manner. This action of God (Kairos) to the human being that we have seen in Jesus (Crhonos). And at present we discover in the founders and foundresses of the congregations. The motion of the Spirit cannot be detained. Fallen structures, but the Spirit continues integrally in his renewing dynamism. How to discover a concrete answer to the current times? The rest: to understand the signs of the presence of the Spirit today.

KEY WORDS:

Signs of the times, Charisms, Founders, The Holy Spirit, Time, Church, Religious life, Structures, Kairos, Crhonos.

1. UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO

La introducción de la expresión, signo de los tiempos en el concilio, significó la aceptación de un nuevo modo de ver, vivir y habitar en el mundo por parte de los padres conciliares. Reconocer que el tiempo sea portador de salvación significa y significó, sin duda, una novedad para la vida de la Iglesia. No dejar todo para un después indeterminado en el tiempo, trajo consecuencias para la misma articulación de la vida de fe y de las estructuras eclesiales, aunque debemos reconocer que todavía muchas de nuestras estructuras siguen

* Manuel Antonio Teixeira es sacerdote dehoniano. Se licenció en la Universidad Gregoriana de Roma y allí mismo realizó su doctorado en teología dogmática bajo la dirección del Profesor Elmar Salmann. Actualmente es profesor del ITER en las materias de Introducción a la Teología, de Teología Fundamental, y de postgrado en Teología Fundamental. Cuenta con diversas publicaciones en la Revista ITER-Teología e ITER-Humanitas.

montadas en el esquema de un tiempo final en el que se nos promete la salvación, donde el presente es pura transitoriedad, perentoriedad, en definitiva, lo pasajero. En un esquema soteriológico, donde todo queda al final y el presente es Valle de Lágrimas en cuanto ausencia y anhelo de la promesa, la Vida Religiosa tiene un valor inestimable. Es una vida ejemplar porque sabe renunciar a lo perentorio para optar por lo definitivo. Este esquema funcionó muy bien al interno de una metafísica ontoteológica. La renuncia en el presente fue promesa de un futuro plenificado. Al interior de esta concepción antropológico-cósmica la Vida Religiosa resultaba un atractivo innegable. La cuestión es que de aquella concepción apenas quedan algunos rastros. El mundo ha cambiado y lo que antes fue llamativo y un gancho para la Vida Religiosa, no lo es hoy. Esto no significa que haya perdido sentido el seguimiento de Jesús, significa que las estructuras que ayudaban a este seguimiento no se corresponden a los anhelos, inquietudes y deseos de los hombres y mujeres en el mundo de hoy.

Es de notar que la expresión Signo de los Tiempos no fue inocua. Hoy día ya no es meritorio ser religioso. El religioso cuenta con mejores medios, mejores oportunidades, mejores casas, más posibilidades de futuro y mayores posibilidades para una vida afectiva sana. La obediencia dejó de ser hace tiempo una imposición para tornarse en un diálogo en lo que se impone el discernimiento del hermano menor respecto del superior. La nueva visión de mundo se ha metido en todas las estructuras de nuestros conventos y no nos hemos dado cuenta. Continuamos con el mismo lenguaje, las mismas estructuras, pero el modo de articular el lenguaje y las estructuras es tan diferente que estamos ante la presencia de una Vida Religiosa totalmente distinta a la del reciente posconcilio. De algún modo tienen razón muchos conservadores de tipo lefevrino cuando ven al Concilio Vaticano II como el causante de los grandes males que padece la Iglesia hoy. Digo de algún modo, porque el Concilio simplemente intentó situar y reflexionar a la Iglesia en un contexto en el que ya estaba presente. Negar la nueva visión del mundo por conservar la propia visión significaba un absurdo que no nos llevaba a ninguna parte.

A pesar del nuevo orden en la percepción del mundo y de la vida, los carismas han permanecido a lo largo del tiempo. En efecto los dones del Espíritu a nuestros fundadores no son coyunturales, son dones esenciales para la vida de la Iglesia. Aquello que no es esencial es la estructura que vehicula el carisma. El hecho que una estructura entre en crisis no necesariamente significa que el carisma esté en peligro de extinción. Ligar el carisma a una estructura es sofocar el soplo del Espíritu y significa sustituir el Espíritu. El carisma es más

que la estructura que lo encarna, ésta no agota el Espíritu, de allí que cuando una estructura ya no es vehículo del Espíritu es preciso aprender a dejar que el carisma se abra paso por los nuevos cauces que el mismo Espíritu suscita. Nos dice Johan Baptist Metz que el saber morir debería ser integrado a las estructuras de la Vida Religiosa: “en nuestras órdenes debería darse algo parecido a un *ars bonus moriendi*, pero no como expresión de resignación, sino como signo viviente de aquel mismo Espíritu que, a través de los “desprendimientos” de los consejos evangélicos y, por así decirlo, como condición de su posibilidad, nos enseña la capacidad de la renuncia. Se trata del “arte” de poder cesar y morir, no solo a nivel individual, sino en cierto modo colectivo”¹.

Por este motivo, me parece muy positivo que la mayoría de las congregaciones hayan caído en cuenta que el carisma no es una propiedad exclusiva de una orden o congregación. Me parece también una buena señal el surgimiento de nuevos estilos de Vida encauzadores de los distintos carismas de la Iglesia nacidos al interno de la Vida Religiosa en los matrimonios, las sociedades laicales y las asociaciones sacerdotales. Donde antes era suficiente la Vida Religiosa como acontecimiento testimonial hoy resulta deficiente. La apertura del Concilio Vaticano II a los laicos fue un soplo del Espíritu y hoy quien no asuma esta novedad puede terminar anulándose. No creo que la Vida Religiosa desaparezca, intuyo que acontecerá en realidades mucho más abiertas, en estructuras mucho más plurales, en dinámicas nuevas. En el espacio mayor de la Vida Consagrada, entendida como la vida de todos los fieles de la Iglesia, la Vida Religiosa tendrá siempre un espacio. Creo, incluso, que ya se están aconteciendo nuevos procesos que, a nosotros, los acostumbrados a las estructuras tradicionales, somos incapaces de reconocer.

Cuando hablamos de carisma, hablamos de la presencia del Espíritu. Ahora bien, ¿cómo concordar con el Espíritu? ¿Es acaso el Espíritu una experiencia subjetiva, una intuición apriorística? La experiencia del Espíritu no está separada de lo real. Cuando decimos que el Espíritu irrumpe en la realidad, no estamos hablando de una especie de fenómeno sobrenatural que aparece de modo sorprendente y evidente. Si decimos que el acontecimiento de la redención es universal, que Cristo es el Salvador de toda la humanidad, que el acontecimiento salvador es definitivo, y que, además, la salvación es un acontecimiento gratuito, que va más allá de nuestra voluntad, eso significa que el acontecimiento del Espíritu está actuando en lo real como real, para testimoniar al propio Dios. Esta convicción cristiana no puede ser una mentira,

¹ J. B. METZ, *Las órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo*, 23.

porque si así lo fuera, sería mentira el Evangelio. Nos toca a nosotros hacer una fenomenología del Espíritu, no en el sentido hegeliano del término, sino cristiano, para intuir los signos de su presencia en el tiempo, aquello que nosotros llamamos, en el más estricto sentido bíblico, signos de los tiempos. Que en el tiempo haya signos, significa que el mismo tiempo (cronos) es testigo de acontecimientos que están en el tiempo, que son del tiempo, pero que al mismo tiempo apuntan al tiempo plenificado² (kairós).

Estos signos son trazos de la presencia salvífica. ¿Cómo es la presencia del Espíritu en lo real? El espíritu aparece de modo incierto y sopla donde quiere. A destacar es el hecho que sopla. Así como el aliento de Dios no es intermitente en nuestra vida, el sople del Espíritu es también un acontecimiento permanente. A nosotros nos toca reconocer y secundar el Espíritu. En la realidad más inhumana, pecaminosa, peligrosa... puede, y seguramente está, estar aconteciendo el Espíritu cual acontecimiento salvífico. El criterio de interpretación no es, entonces, el del bienestar ya que el criterio teológico no se identifica, aunque pueden coincidir en ciertas ocasiones y en algunos aspectos, con el bienestar social. Leer los signos del Espíritu en el tiempo, no puede confundirse con la tendencia a acercarse más al ideal de sociedad de bienestar.

2. EL CHRONOS DE JESÚS KAIRÓS DE DIOS PADRE

De nuestros fundadores debemos aprender a leer la Palabra de Dios. Esto no significa que debamos apropiarnos o seguir las conclusiones a la que ellos llegaron, sino aprender de ellos el modo cómo llegaron a ellas. Si algo queda claro de la vida de los santos es que el criterio último en la lectura de las escrituras no es el académico, por más especializada que sea. No basta sólo conocer los evangelios al detalle y aplicar lo conocido en cuestiones prácticas. El Evangelio no es un libro de la academia o un manual de buen vivir, es un acontecimiento salvífico. Los religiosos deberíamos afinar nuestra intuición salvífica a la hora de leer el Evangelio. La salvación es un evento real, no intermitente, verificable más no descriptible, contemplable mas no conceptualizable. Si la salvación es real y verificable acontece en el tiempo, pero no a modo de añadido, es decir, es algo que pertenece al tiempo y no se da al margen de él. El tiempo está cargado de Dios, hallar esa coincidencia entre el tiempo y el Evangelio requiere un serio discernimiento. Para Jesús Tiempo Y Voluntad del Padre coinciden. En efecto, en la vida de Jesús los acontecimientos del tiempo dicen al Padre y coinciden con la Voluntad del Padre. Jesús lee el acontecimiento salvífico en el tiempo no desde el espíritu de

² En la plenitud de los tiempos envío Dios a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley

su tiempo, lo que no lo diferenciaría de una lectura farisea, sino desde el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Me parece que la dificultad actual no está en el desconocimiento del contenido material de los cuatro Evangelios, sino en su recepción y su lectura como evangelios lo cual requiere la asistencia del Espíritu Santo. Ver en el tiempo a Dios, sin reducir el tiempo a Dios, hallando las coincidencias entre el tiempo y la voluntad del Padre, es un ejercicio que exige docilidad de Espíritu.

El modo como Jesús entendió la temporalidad es la perspectiva como me gustaría hacer una lectura de la vida de Jesús y así relacionarla con el discernimiento de los signos de los tiempos en la Vida Religiosa hoy. Confieso que el trabajo no me ha sido fácil y desde el inicio de mi intuición he estado en búsqueda de ayuda bibliográfica que enriquezca el tema. Muchas de las reflexiones sobre la Vida Religiosa carecen, a mi modo de ver, de un enganche a la historia de Jesús. Cristo es presentado de modo genérico, es alguien a quien debemos seguir en pobreza, castidad y obediencia. Los mismos textos del documento de *Vita Consecrata*, carecen de referencias explícitas a dichos y hechos de Jesús. En la mayoría de las reflexiones en torno a la Vida Religiosa a Jesús se le presenta a modo de ejemplo: fue aquel que obedeció al Padre hasta la cruz, pero no hay una referencia explícita al modo cómo se articula esa obediencia en la vida cotidiana de Jesús. Se habla del Jesús casto, sin hacer ninguna alusión concreta al modo como vivió y entendió su castidad y se habla de un Jesús pobre, sin presentar su pobreza real. Por curiosidad y por interés buscando material específico para ayudarme en esta investigación, me acerqué a distintas revistas de que tiene por objeto el estudio de la Vida Religiosa. Quería hallar antecedentes de investigaciones sobre la Vida Religiosa que se centraran en los misterios de la vida de Jesús: mi búsqueda no tuvo éxito³. Los libros publicados sobre la Vida Religiosa carecen también de un enganche a la figura concreta de Jesús en sus *acta et passa*. Se habla de Cristo y de la necesidad de su seguimiento, pero no se reflexiona pasajes concretos. Como no quiero caer en la misma omisión, creo que es justo y necesario, mostrar en algunos pasajes concretos del Evangelio de qué modo en Jesús tiempo y salvación coinciden. Me excuso si no logro exponer de modo suficiente esta intuición, pues debo confesar que, aunque estoy convencido de ella, comenzando por la misma forma en que se estructura los evangelios, la posibilidad de exponerla de forma

³ La búsqueda bibliográfica comprende las publicaciones de los últimos 20 años de las revistas CLAR, Vida religiosa (tanto los cuadernos como el folleto), Vie Consacré (de origen francés), Vita consecrata (en el ámbito italiano), Vinculum (en el ámbito colombiano). Otro dato interesante es que no hay ningún libro que se ocupe del modo como Jesús entiende el tiempo. Oscar Cullman escribió en 1962 *Christus und die Zeit*, pero tampoco describe la relación que Jesús entretiene con el tiempo, sino del tiempo que le tocó vivir a Jesús.

satisfactoria requiere de tiempo y una relectura de los evangelios desde esta propuesta hermenéutica.

Empecemos por la estructura temporal de los evangelios. Un detalle significativo es que en ellos no hayamos tiempos vacíos. La temporalidad en las narraciones evangélicas está cargada de hechos salvíficos. Jesús vive el tiempo haciendo de él un gesto de bondad del Padre, es decir, cada gesto es sacramento de su presencia y, por ende, presencia del Reino. La estructura temporal del evangelio de Marcos, es la que mejor, a mi modo de ver, muestra el sucederse de un tiempo cargado de la misericordia del Padre. La entrada de Jesús en el Evangelio se hace con una alusión temporal: “en aquel tiempo” haciendo alusión al bautismo (Mc 1,9), le sigue un “inmediatamente” que narra la acción del Espíritu que empuja a Jesús al desierto (1,12), allí se alude también a los cuarenta días en el despoblado (1,13). El evangelista continúa la narración con la expresión “cuando arrestaron a Juan” (1,14), luego hará mención “al sábado siguiente”. Cumplida la expulsión de un espíritu inmundo en la sinagoga, se dice que “después que salió de la sinagoga” (1,29) y se fue a casa de Pedro, donde cura a su suegra. Inmediatamente se dice que “al atardecer” le llevan toda clase de enfermos y endemoniados. Terminado ese relato el evangelista nos cuenta como “muy de madrugada” (1,35) se fue a orar. La curación de un leproso nos vuelve a situar de nuevo en la temporalidad de los hechos salvíficos al informarnos que “después de unos días volvió a Cafarnaún” (2,1).

Esta temporalidad se da junto a descripciones de movimientos en el espacio: “lo llevó al desierto” (1,12), “se dirigió a Galilea” (1,14), “caminado junto al lago” (1,16), “llegaron a Cafarnaún” (1,21), “entró en la sinagoga” (1,21), “salió de la sinagoga” (1,29), “se dirigió a Casa de simón y Andrés”, (1,29), “se dirigió a un lugar despoblado” (1,35), “vámonos de aquí a los pueblos vecinos” (1,38), “volvió a Cafarnaún” (2,1), “estaba en casa” (2,1), “salió de nuevo” (2,13). En cada movimiento y en todo tiempo, Jesús aparece haciendo el bien.

No es el tiempo quien determina los momentos de la salvación, es la salvación la que llena el tiempo, aunque esta salvación queda ritmada por el tiempo. En la temporalidad de la vida de Jesús no podemos decir que hay momentos de salvación y momentos de descanso en el que el gesto salvador de Jesús no acontezca porque él se ocupe de otras cosas. Al tiempo sólo le toca ser testigo de su coincidencia con la compasión de Dios. Al inicio del Evangelio de Marcos en el marco de las alusiones temporales y espaciales Jesús anuncia que “el tiempo se ha cumplido”. La expresión puede resultarnos un poco enigmática, podemos decir que el tiempo está maduro para que aparezca Jesús, o que era el momento destinado por Dios para revelarse en el Hijo. Sin

embargo, este modo de entender tiene el inconveniente que el tiempo pasado era inmaduro y solo el tiempo presente es propicio, lo que significa que aquellos que vivieron en un tiempo pasado están en desventaja frente aquellos que viven el tiempo presente. Las posibles soluciones nos traen más interrogantes que al inicio. La expresión de Marcos respecto al tiempo se asemeja mucho a la de la Carta a los Gálatas cuando habla del “plazo cumplido” (Gal 4,4). En la carta de Pablo el plazo cumplido es el tiempo que coincide con el de la encarnación. Toda la creación debería ser testigo de la bondad de Dios. Incluso el “tiempo” debe testimoniar el amor de Dios. El tiempo será pleno, es decir, será testigo de excelencia, cuando coincida con el amor de Dios. A mi modo de ver eso es lo que expresa Pablo en su carta y lo que el mismo Jesús anuncia cuando habla del tiempo cumplido: el amor de Dios coincide con el tiempo. Esta coincidencia acontece precisamente en Jesús, pero no en el sentido genérico de la expresión, sino en los acontecimientos concretos de su vida. El tiempo está cumplido cuando Jesús cura un enfermo, cuando expulsa a un demonio, cuando narra una parábola... Allí el tiempo es testigo por excelencia de lo concreto del amor de Dios. Por este motivo me parecen insuficientes las referencias intemporales al amor de Dios y las expresiones de seguimientos de Jesús que no tienen en cuenta el mismo Jesús.

Jesús llena el tiempo de la bondad del Padre; su prioridad es que esto acontezca. No duda cambiar sus planes (lo que iba a realizar en el tiempo subsiguiente) si el nuevo acontecimiento hace que el tiempo manifieste de modo más claro la bondad del Padre. Así pues, cuando Jesús después de la misión cumplida por los apóstoles se retira con ellos a un “paraje despoblado a descansar un rato ya que los que iban y venían eran tantos que no les quedaba tiempo ni para comer” (Mc 6,31s), cambió sus planes cuando “al desembarcar vio un gran gentío y se compadeció, porque eran como ovejas sin pastor” (6,34). Este relato de buscarse un tiempo para sí termina siendo un tiempo para los demás, un tiempo de Dios, un signo que se muestra como abundancia y consuelo. Aquello que debió ser un descanso para Jesús y los discípulos, terminó siendo un descanso para aquellos que estaban cansados de vivir sin el amparo del amor de Dios. Es bonito ver a Jesús mandando a todos a recostarse sobre el césped (cf. 6,39) y a los apóstoles sirviéndoles para saciar su hambre. Donde muchos de nosotros veríamos un estorbo, un fastidio por el hastío, Jesús vio el momento propicio para llenar el tiempo vacío de los que estaban como ovejas sin pastor del tiempo de Dios.

Vivir el tiempo como coincidencia con Dios supera las contradicciones del tiempo. Los fundadores han aprendido esto de Jesús. El Espíritu permite un mirar en los fundadores donde se da la coincidencia del tiempo con la bondad

de Dios. Donde todos miramos la fatalidad del tiempo, como lo es la propia muerte, los fundadores ven florecer la oportunidad para el acontecimiento de la vida y por ende la posibilidad de mostrarse el amor de Dios. Jairo, jefe de la Sinagoga, va donde Jesús a decirle que su hija se está muriendo, Jesús en vez de salir corriendo se demora un poco. Al punto que se pone a buscar en medio de la multitud quien le tocó, cuando todos se tropezaban con él. En esa demora la hija muere y alguien le aconseja que no siga molestando al maestro (Cf. Mc 5,35). Donde todos ven fatalidad, Jesús ve la posibilidad de que el amor de Dios siga aconteciendo, por eso se toma su tiempo para ir a ver a la hija del jefe de la Sinagoga. El tiempo de muerte se transforma en signo de vida, en acontecimiento que de nuevo manifiesta el amor de Dios. “Tu hija murió, ¿por qué molestar al maestro?” Cuando parece que el tiempo le ganó la carrera al maestro, el tiempo se hace acontecimiento de vida. Otro acontecimiento similar muestra de nuevo como Jesús hace coincidir el tiempo con la bondad de Dios. Se trata de todo el capítulo 11 de S. Juan. A Jesús le dicen que su amigo Lázaro está enfermo, en vez de salir corriendo a socorrer a su amigo, se quedó dos días en el lugar donde estaba. La cronología no era para él indicador de la fatalidad, sino de la bondad de Dios que llena el tiempo. En el entretenimiento de Jesús muere su amigo y sólo en ese momento, cuando parece que el tiempo es irreversible, Jesús decide ir a verlo. Al llegar Jesús al sitio donde habían enterrado a Lázaro, tanto Marta como María le dicen “Señor si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto” (11,21.32). Entre Marta y Jesús se da un diálogo acerca de la temporalidad: “tu hermano resucitará” le dice el Señor, a lo que ella responde: “sé que resucitará el último día”, a lo que Jesús replica: “yo soy la resurrección y la vida” (Cf 11,22.25). El relato termina mostrando que no es la fatalidad del tiempo lo que predomina, es el signo de Jesús, vida del Padre lo que se pone de manifiesto y esto llena de un nuevo contenido el tiempo. Ver la bendición de Dios donde todos ven fatalidad es un modo concreto de seguir a Jesús, no en genérico, sino en lo real. Cuando todos ven muerte, si somos capaces de ver vida y sacar vida, seguramente está aconteciendo en nosotros el Espíritu.

Jesús mismo testimoniará “he aquí que yo expulso demonios y realizo curaciones, hoy y mañana; al tercer día mi obra estará completa” (Lc 13,32). El dicho de Jesús liga la temporalidad a hechos concretos que muestran el modo como acontece la salvación. De nuevo se pone de manifiesto que el tiempo de Jesús no está vacío, sino lleno de salvación. El tiempo coincide con la bondad y la misericordia del Padre de la del que el mismo Jesús es testigo y artífice. No hay momentos muertos, toda la temporalidad del evangelio es Jesús mismo en su relación con los demás.

Es desde aquí que yo entiendo el modo como Jesús concibe el Sábado. Si todo tiempo es acontecimiento de salvación, el sábado deja de tener ese carácter sacramental único, pues todos los días son sacramental de la presencia de Dios. El carácter sagrado del sábado viene dado porque es el día dedicado al Señor, es sacramento del último día, o del día del Señor. El modo de santificar el sábado era mediante el reposo. En ese día no se pensaba en el mercado, en el lucro para sí, sino que era el tiempo para poder contemplar al otro como hermano y mirarlo desde la perspectiva de Dios. El reposo permitía o debería permitir estar más allá del trabajo y del lucro. Es por eso que los Fariseos se escandalizan cuando Jesús cura en sábado. Ahora bien, las curaciones de Jesús no se realizan en sábado solamente, sino cuando hay un enfermo delante de él. Jesús no cura porque sea sábado, sino que cura porque hay un enfermo. Lo importante es la curación, en ese gesto de Jesús se cumple el sentido primigenio del carácter sacramental del sábado: el bien del hermano y la glorificación de Dios. Pero esto acontece todos los días en la vida de Jesús, es decir todo momento y hora tienen una densidad única en la vida del nazareno. El reposo adquiere aquí una dimensión distinta: se reposa para contemplar, sin el afán de una tarea que me ocupa, la gloria de Dios y la belleza del hermano. El reposo adquiere en Jesús toda su verdad. Ya lo vimos en el pasaje en que Jesús se retira a un lugar apartado con sus discípulos a descansar. El evangelio nos dice que ellos hicieron reposar a la gente y la alimentaron, pero no nos dice que dejaron ellos de reposar. Por eso el sábado para Jesús no es un día más especial que otro. No es el devenir de las horas, la cronología, lo que cuenta, no es el día de la semana el importante, es la verdad de un tiempo cargado de bondad, de humanidad y de salvación.

Si para Jesús el *chronos* es *kairós* y todo tiempo es salvífico, lo único que cabe en el tiempo es la misericordia. A este modo de vivir el tiempo así se oponen las autoridades religiosas. Que el *chronos* sea *kairós* significa que el sábado dejó de tener un carácter sacramental. De hecho, las menciones de los sábados en la vida Jesús no están necesariamente unidos a la sacramentalidad o al culto sinagoga. Apenas tres veces menciona Marcos la presencia de Jesús en la Sinagoga el día sábado (1,21ss; 3,1ss; 6,1ss), aunque Mateo nos dice que recorría toda Galilea enseñando en las Sinagogas (Cf. Mt 4,23), sin embargo hay pocos relatos que nos cuentan lo que Jesús hace en la sinagoga. Las alusiones no son cúllicas. En la sinagoga Jesús hace lo mismo que hace habitualmente: enseña y cura. La desacralización del sábado y la plenificación de todo tiempo desatan sospechas y odios contra Jesús. Lo mismo que ayer todavía hoy rechazamos un *chronos* lleno del *kairós* de la misericordia de Dios. No podemos negar que preferimos seguir teniendo el espacio y tiempo litúrgico como posibilidad del acontecimiento de Dios antes que asumir la novedad que

representa la expresión signo de los tiempos. Es mejor conservar tiempos y espacios de misericordia y oración para mantener los espacios y tiempos en los que el interés, el poder y el mercado facilitan la vida. El relato del endemoniado de Gerasa es iluminador a este respecto (Cf. Lc 8, 26-). Si bien el ejercicio de misericordia de Jesús con el endemoniado preanunciaba un cambio en la vida para los habitantes de aquel territorio, ellos prefirieron un tiempo carente de misericordia a favor del propio bienestar, antes que un tiempo lleno de la misericordia y de vida, motivo por el que ruegan a Jesús marcharse de su territorio. El *chronos* transformado en *kairós* es bendición que exige renacer y no todos están dispuestos. Los gerasenos prefirieron seguir viviendo al margen del acontecimiento de Jesús. Como los ellos, los fariseos, los sacerdotes y los herodianos tampoco entienden el proyecto de Jesús. Para ellos la cronología es ejercicio de poder y no acontecimiento de misericordia, es dominio sobre lo humano y no lugar de fraternidad.

En el juicio seguido a Jesús, su confesarse como Hijo de Dios fue la prueba perfecta para acusarlo. Un Dios como el presentado por Jesús donde todo tiempo debe acontecer como misericordia, terminaba desvirtuando los tiempos y los lugares sagrados. Las autoridades religiosas no dudaron en afirmar que Jesús “¡ha blasfemado! ¿Qué falta nos hacen falta los testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Cuál es vuestro veredicto? Respondieron: Reo de muerte”⁴. Este pequeño texto que se repite con pequeñas variantes en Lucas y Marcos es bastante significativo. ¿Por qué los testimonios no valían para acusarlo y en cambio el propio testimonio que Jesús hace de si mismo causa de su condena? ¿Qué de malo tiene confesarse Hijo de Dios? Un hombre que hace del tiempo el lugar del acontecimiento perenne de Dios es reo de muerte porque blasfema. Blasfemar es pronunciar una palabra contra aquello que es sagrado. Podría decirse que Jesús en verdad cometió una blasfemia, pero no contra Dios, sino contra el modo como estaba estructurada la religión. La blasfemia pone en entredicho el sistema religioso y la vida de toda una comunidad, de allí que la pena tenía que ajustarse a la ofensa. La crucifixión y muerte de Jesús desvela en el hecho mismo el motivo real de la condena: la imposibilidad de que todo tiempo sea signo de la presencia de Dios, o lo que es lo mismo de que todo tiempo sea acontecimiento de misericordia. La muerte de Jesús es lo más contrario a un acontecimiento de misericordia. Eliminado Jesús, todo vuelve a la normalidad, se vuelve a la centralidad de la liturgia y el sábado se reconoce otra vez como el gran día sagrado: “Era la víspera del sábado, el más solemne de todos; los judíos para que los cadáveres no quedaran en la cruz el sábado,

⁴ Mt 26,65s

pidieron a Pilato que le quebrasen las piernas y lo descolgasen”⁵. En el día sábado, el día instituido donde era imperativo hablar de Dios y escuchar la Torá, no podían quedarse los cuerpos muertos que denunciaban su falta de misericordia, colgados en la cruz. El día anterior al sábado la crucifixión fue el gran espectáculo, pero el sábado debía ocultarse los rastros de aquello que ellos sabían fue un crimen. ¿Cómo explicar que a Jesús lo hayan crucificado por blasfemo y que el día sagrado no se pueda exhibir la reparación de la blasfemia? ¿Acaso la reparación de la blasfemia no es el mejor tributo en culto que se le pueda rendir a Dios? Extraño que no se pueda matar en sábado, pero se pueda matar en nombre del sábado.

La violencia contra Jesús no niega el don y la misericordia de Dios. Aunque resulte escandaloso, para los cristianos el Jesús crucificado ocupa un lugar central en su vida de fe. Tal hecho no niega la centralidad del reino. Los cristianos contemplan en la Cruz de Jesús la máxima misericordia. Jesús toma nuestro lugar, es decir, asume las consecuencias del pecado del hombre, siendo que él no es pecador. La lectura, aunque tenga apariencia de ingenua, no lo es. Jesús muere realmente de esa forma porque la humanidad alberga en sí el asesinato como posibilidad de defensa de lo sagrado. La existencia de un tiempo sagrado que criminalizara quien no lo respetase buscaba proteger a Dios y evitar que este tiempo cayera en el olvido. Que Jesús muera en manos de las autoridades religiosas y políticas precisamente porque en sus gestos de misericordia queda en evidencia la falsedad de las estructuras, hace posible que se interprete su entrega como un tomar nuestro lugar. Jesús supera la división del tiempo en sus gestos y palabras; en él, tiempo y la voluntad de Dios coincide. Jesús no muere porque haya atentado contra lo sagrado, muere por hacer de todo tiempo lugar de la presencia de Dios; su muerte, aunque violenta sigue siendo lugar de la presencia de Dios. Paradójicamente queriendo eliminar a nombre de un tiempo sagrado al que hace de todo tiempo presencia de Dios, el acto criminal termina siendo, sin dejar de ser criminal, un signo visible de la redención y un acontecimiento lleno de Dios. En efecto, Jesús asume el tiempo mezquino de la religiosidad y la transforma en tiempo lleno de misericordia, es decir, él se hace parte del tiempo mezquino y toma el lugar de quienes realmente son esclavos de este tiempo para que acontezca la vida. Si Jesús muere en manos de aquellos que quieren proteger un tiempo sagrado, muere en favor de todos, pues matan a aquel que precisamente hace de toda cronología presencia de Dios. Aunque haya sido condenado por las autoridades religiosas, Jesús no fue condenado por la ley, porque la ley tiende a que todo tiempo sea de Dios.

⁵ Jn 19,31.

3. MOVIDOS POR EL ESPÍRITU AL ESTILO DE JESÚS

Los santos, en especial los fundadores, supieron, como Jesús, leer la coincidencia del tiempo con la salvación, tanto en su vida personal como en los acontecimientos de los eventos del tiempo en que les tocaba vivir. Esa es la lectura que hace San Agustín de su vida. En cada instante, incluso cuando era gran pecador Dios estaba ya presente. Pero no sólo la lectura espiritual autobiográfica de los santos lo que nos permite hablar de esta coincidencia: querer del Padre-Tiempo. Es en la ausencia y en la imposibilidad de la coincidencia donde los fundadores han visto la mayor coincidencia entre el devenir del tiempo y la misericordia de Dios. En tiempo de S. Ignacio de Loyola que alguien tuviera conversaciones espirituales sin el título de bachiller podría llevarlo a ser reo de la inquisición, como en efecto lo fue el Íñigo por dos veces: una en Alcalá y otra en Salamanca. Esto, antes que asustar a S. Ignacio, a pesar de la rigurosidad y el control ejercido por parte de la inquisición, le hizo ver el tiempo que le tocó vivir como adecuado para tener conversas espirituales; esto, notaba él, hacía mucho bien. El santo de Loyola vio su propio tiempo como acontecimiento de la bondad de Dios. Santa Teresa de Jesús, además de no tener título de bachiller, era mujer lo que era una especie de doble desgracia. Su condición de mujer le impedía tener el título motivo por el cual no debía opinar sobre espiritualidad o teología. Con todo está en su contra, ve su tiempo como el momento propicio para darnos una gran lección de los grados de oración. Su propuesta de reforma alcanzó también el Carmelo masculino y afectó a toda la Vida Religiosa. Su temple y su mirar su tiempo de modo serio, hizo de Teresa una mujer aterrizada en lo real. Estaba convencida que el Evangelio debía acontecer en lo concreto de la Vida Religiosa y que ésta debía ser fermento y no decadencia. Por este motivo, «Teresa desconfía de los éxtasis y, como aborrece las beaterías, se niega a confundir arrobamientos y abobamientos, ascesis y masoquismo, humildad y menosprecio de uno mismo». En su esfuerzo para distinguir la experiencia del amor de su comprensión y de su expresión, ilumina las realidades más complejas de la vida psicológica». «Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre. Mas es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y veía imágenes, sino como quien está ciego o a oscuras, que aunque habla con una persona y ve que está con ella porque sabe cierto que está allí (digo que entiende que está allí, mas no la ve), de esta manera me acaecía a mí cuando pensaba en nuestro Señor»⁶

Tan influyente fue su impronta, que en el S. XVII el cardenal de Bérulle quiso adueñarse de la idea de la reforma carmelitana en suelo francés sin que su

⁶ S. TERESA DE JESÚS, *Libro de vida*, IX, 4

empresa tuviera éxito. Donde todos veían una Vida Religiosa decadente, Teresa supo hacer coincidir el tiempo de la desidia con el tiempo de Dios. El tiempo y las condiciones de su propia historia no la ve de modo sumiso, ni fueron para ella limitante, sino oportunidad para que acentuar los signos de la presencia de Dios. En este ejercicio la santa se une al dinamismo del propio Jesús, quien de la muerte es capaz de suscitar una nueva vitalidad.

Muchas de las congregaciones han nacido porque el fundador ha sabido intuir la coincidencia de salvación y tiempo, donde otros muchos cristianos sólo veían su ausencia e imposibilidad. Una constante de los fundadores es su capacidad de ver el tiempo como sacramento de Dios. Un San Juan Bosco al ver niños en la calle sin escolaridad ve el momento como un instante en el que Dios puede coincidir con el presente, un S. Vicente de Paúl en vez de lamentarse y quejarse de la miseria, ve en ella un instante en el que Dios coincide con el miserable y de ese modo se enciende la chispa de la caridad y un Padre Dehon ve en las penurias de los obreros de las fábricas el momento en el que la justicia de Dios coincide con el tiempo.

Quisiera destacar un movimiento actual, en el que su fundador ha sabido ver en la aparente ausencia de Dios y en el escándalo del pecado de las estructuras eclesiales, la posibilidad de manifestar la coincidencia entre salvación y tiempo. Se trata de la comunidad de Taizé y en concreto del hermano Roger. Este hombre intuyó en el tiempo presente y en el mundo concreto, el deseo de unidad que la humanidad lleva en su interior y de la que la misma Iglesia es anti-testimonio (Al hablar de Iglesia habla de todos los cristianos que se han dividido en pequeñas facciones diferenciándose como católicos, luteranos, evangélicos...). En su primera publicación "Vivre l'aujourd'hui de Dieu" dice con cierto pesar que «los cristianos forman un tejido social de vieja data, cargan generalmente con una pena infinita, al interior del nuevo ritmo de la evolución mundial que tiende a la unidad de las costumbres y de medios de existencia. Ellos se quedan atrás»⁷. Bastaría que los cristianos abrieran los ojos al presente salieran de su estilo ghetto, para caer en cuenta del hervidero de apelaciones del Evangelio en nuestro hoy. «En efecto, los increyentes que aspiran a esta fraternidad universal, tienen una lucidez y capacidad de autocrítica, incluso una bondad, que contrasta con la actitud de miles de cristianos, que se espían los unos a los otros y viven para defender sus limitados objetivos (...) el Evangelio fermento de unidad, no está ya mezclado con la masa»⁸. Estamos tan preocupados en nosotros mismos que ya no caemos en cuenta del irrumpir salvífico en nuestro hoy. Para Frère Roger, el Evangelio no

⁷ FRERE ROGER, *Vivre l'aujourd'hui de Dieu*, 14.

⁸ *Ibid.*, 15

puede ser leído de modo intemporal, sino que debe ser comunicado a los hombres de hoy tal como ellos son. Si no comprendemos el deseo de la humanidad, difícilmente podremos aceptar la situación presente como un llamado indirecto dirigido a los cristianos a realizar su vocación: la catolicidad de la Iglesia⁹. No habrá catolicidad mientras no seamos capaces de ir más allá de nuestras preocupaciones. «Si los cristianos quieren manifestar su voluntad de establecer una comunión entre todos, ellos deben como primer paso buscar una distribución equitativa de los bienes de la tierra. Es un hecho que los países de mayor densidad cristiana detentan una formidable riqueza a costa de países no cristianos desprovistos de medios materiales»¹⁰. La mirada aguda de este monje ha atraído la atención de miles de jóvenes en todo el mundo: creyentes o no, cristianos o no. La misma jerarquía de la Iglesia católica ha reconocido a la comunidad de Taizé su gran valor evangelizadora y su aporte a favor de la paz y de la unidad. Un signo significativo en la misa de funeral de S. Juan Pablo II, fue cuando Ratzinger le dio la comunión a Frère Roger. No debemos olvidar que él no era católico, por lo que ese gesto representó más que miles de páginas escritas en favor de la unidad de los cristianos.

El papa nos pide alegría, llega incluso a decir que una Vida Religiosa sin alegría deja de ser tal. ¿Cómo vamos estar alegres si somos incapaces de descubrir a Dios en lo real? Nos hemos acostumbrado a mantener obras y pastorales. Muchas cosas la hacemos mecánicamente. Entre la vida de fe y lo real hay, muchas veces, una distancia insalvable. Nos cuesta mucho leer la coincidencia de Dios en el tiempo. Por ello no me parece extraño que el Evangelio sea tan sólo un género literario de la Biblia y no una Buena Noticia. Si al leer la Escritura terminamos alegres es porque de verdad habremos caído en cuenta que Dios sigue coincidiendo con nuestro tiempo. En sus andanzas por el mundo San Ignacio, después que una mujer de Manresa le dijera, «plega a mi Señor Jesu Cristo que os quiera aparecer un día»¹¹, oraba para que esto le aconteciera. Él mismo confiesa en su autobiografía haber visto al Señor más de una vez. La misma Teresa de Jesús nos confiesa lo mismo: «estando un día del glorioso S. Pedro en oración, vi cabe mí o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, más parecíame que estaba junto cabe mi Cristo y veía ser Él el que me hablaba, a mi parecer»¹². Ojalá también nosotros pudiéramos ver en el tiempo a Jesús como lo vieron estos santos de la modernidad, pero ¿cómo hacerlo si no nos mantenemos despiertos, si nuestras lámparas están apagadas y vivimos sin esperar al novio?

⁹ Idem

¹⁰ *Ibid.*, 12

¹¹ *Ibid.*, 21

¹² Santa Teresa de Jesús, *Libro de vida* I,6.

4. MÍSTICA, EVANGELIO Y TIEMPO PRESENTE

En el Siglo Pasado André Malraux, escritor y político francés, y Karl Rahner, coincidieron en una apreciación respecto al futuro: el primero de modo más genérico y el segundo de manera específicamente cristiana. Ambos afirmaron que el S. XXI será místico o no será. ¿Qué querrían decir ellos con esta afirmación? Cuando hablamos de mística imaginamos hombres o mujeres fuera de sí, casi elevados, podríamos decir fuera de la realidad. Este es un modo equivocado de entender la mística. El místico es aquel que está inmerso en lo real y allí sabe intuir las rendijas que nos permiten ver y sentir un más allá que solemos llamar trascendente. A pesar del avance tecnológico y comunicacional, la humanidad está más amenazada que nunca de quedar atrapada al interior de los mecanismos que ella misma ha creado, es decir, podemos llegar a ser, y ya lo somos en gran medida, esclavos de los sistemas económicos, tecnológicos, comunicacionales. Cuando Malraux y Rahner oteaban el S. XXI seguramente vieron este peligro asomarse. Si el hombre no es capaz de estar por encima de la estructura que él mismo ha creado, si no es capaz de asomarse y ver que él mismo está llamado a un más allá de cualquier sistema, entonces el S. XXI habrá sido un siglo sin historia, sin decisiones y lleno de automatismos. Sólo en lo real, reconociendo sus propios condicionamientos, es como el humano podrá superar los límites que la propia humanidad se ha impuesto. Más allá del sistema hay una vida cargada de Dios. El místico es quien lee al modo de Jesús el tiempo presente y es capaz de contemplar el tiempo cargado de salvación. En la mística se hace verdad GS 44¹³, es decir, la palabra de Dios acontece y sigue aconteciendo cuando hacemos lo mismo que hizo Jesús: ver en el *Chronos* el *Kairós* de Dios, al punto que *Chronos* y *Kairós* se identifican.

La Vida Religiosa debe ser siempre esa rendija hacia un más allá. Lamentablemente, muchos de nosotros los religiosos, somos esclavos de un mundo que se encierra en sí mismo y dejamos de ser esperanza de algo nuevo para los demás. En este sentido, me identifico totalmente con la exhortación *Vita Consecrata*, cuando afirma que el religioso es signo escatológico en el tiempo presente. (VC 14). Ahora bien, lo será cuando contemple y viva al tiempo presente como testigo del amor de Dios. Cuando esto acontece se cuele en la vida del religioso la bondad de Dios que la constituye una alternativa respecto a los automatismos del mundo de hoy.

¹³ “Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada”.

Queriendo escapar de las imprecisiones y de los slogans temáticos, es posible que yo haya propuesto uno, aunque esto no fue nunca mi intención. La pregunta es cómo saber que el tiempo está cargado de salvación. Cómo discernir la coincidencia entre salvación y tiempo. Aquí la lectura de los Evangelios es vital. Para Jesús el tiempo está cargado de salvación porque se hizo testigo del acontecimiento del amor de padre. Si como Jesús somos capaces de ver la vida que brota en el tiempo, de notar como acontece la salvación y jugamos a favor de la vida, jugándonos incluso la vida por la vida, como lo hizo el mismo Jesús en su vida, contemplaremos en el tiempo presente mucha más salvación que perdición. Es triste escuchar que la Vida Religiosa esté cerrando casas en zonas populares para quedarnos con aquellas en las que nos sentimos más seguros. La razón del cierre tiene que ver con la falta de fuerzas para mantener todas las obras. Mi tristeza no tiene que ver con un deseo genérico de opción por los pobres, sino con la imposibilidad que muchos religiosos tienen de ver en el presente del barrio los signos de la presencia de Dios. No niego que haya inseguridad y maldad, pero considero que mucho mayor es la bondad. Es como la parábola del trigo y la cizaña. Los trabajadores quisieron ponerse a arrancar la cizaña porque era lo que más se veía, pero el dueño les advierte que podrían arrancar también el trigo. Qué triste cuando como religiosos somos incapaces de contemplar a Jesús en los acontecimientos del presente, ya que nuestra vida termina matando el Espíritu y el Evangelio, lo que es lo mismo que decir que dejamos de seguir a Jesús.

La preocupación de Jesús eran los pobres, él nos enseñó a ver un tiempo cargado de Dios. Cuando decimos que lo escatológico acontece en el tiempo, no se trata sólo que el Verbo se encarnó en el tiempo sin más, sino que el encarnado mostró que el amor del Padre estaba ya presente en el tiempo de los hombres y sobre todo en los pobres. Quienes no reconocen que el amor del Padre está presente en el tiempo presente y se muestra en aquello que nos parece que niega precisamente a Dios, no pueden reconocer en Jesús al Hijo de Dios. La preocupación de Jesús eran de tal modo los pobres que nunca se preocupó mucho del número de sus discípulos, ni de sus apóstoles. Al punto que una vez les dice con severidad a los apóstoles «¿también ustedes quieren marcharse?». La preocupación por el número de seguidores nace con la Iglesia primitiva cuando eligen a uno para sustituir a Judas y mantener en 12 el número de los apóstoles, luego el Espíritu les jugará una pasada y elegirá un a Pablo como un 13.

Cuando hemos hecho de nuestras casas pequeñas fortalezas por fuera y palacios de cristal por dentro, damos un claro mensaje: nosotros no creemos que Dios esté presente en este tiempo y en esta realidad. Vamos al barrio sí, pero a

ser maestros, pues estamos convencidos que somos nosotros quienes les llevamos a Cristo. Esto nos incapacita para verlo ya presente. Si no soy capaz de ver a Jesús en medio de la realidad donde vivo cuando el mismo dijo que estaría con nosotros hasta el fin del mundo, entonces no lo predico, sino que enseño una doctrina sobre él. Esto impide mirar al pasado con gratitud, al presente con pasión y al futuro con esperanza.

El carisma, un modo heredado de leer a Jesús, se (in-vera) hace verdad en tiempo. Los carismas no son dones para vivirlos intemporalmente. A modo de ejemplo, si un Sacerdote del Corazón de Jesús no ve como acontece la reparación en el tiempo presente y por tanto no es capaz de caer en cuenta de la respuesta de amor que está aconteciendo en medio de nuestra realidad, es decir como hay fuerzas vivas queriendo restaurar la vida en medio de nuestros barrios lleno de delincuencia, no ha entendido lo que significa la reparación y sigue pensando que sus méritos delante del santísimo van a desagaviar al Señor de los dolores que causa la indiferencia del mundo. El carisma es don de Dios dado a la Iglesia y la Iglesia lo in-vera en el mundo. De este modo el carisma adquiere nuevas formas de expresión, cuando entramos en la dinámica de reconocer la bondad y el amor de Dios presente en el tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Severino María, “Jesucristo referencia fundamental de la Vida Consagrada”, VR 88, Noviembre (2000), Madrid, 444-456
- Bartolomé, Juan José, “Jesús de Nazaret, profeta galileo, patria y escuela de Jesús”, VR 88, Noviembre (2000), Madrid, 404-412.
- Blanco, Severiano, “Jesús Predicador del Reino”, VR 88, Noviembre (2000), Madrid, 413-422.
- Cabra, Pier Giordano, *La Vida Religiosa en Misión*, Santander 1991
- Fernández, Bonifacio, “Jesucristo Hijo, Hermano, Mesías”, VR 88, Noviembre (2000), Madrid, 423-432.
- Grosso, Lourdes, “Jesús creador de Comunidad”, VR 88, Noviembre (2000), Madrid, 433-443.
- Frere Roger, *Vivre l'ajourd'hui de Dieu*, Lagord 1999..
- Maccise, Camilo, *Como entender y presentar hoy la vida Consagrada*, e-book ocdmx.org
- Metz, J. B. *Las órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo.*, Barcelona 1978.
- S. Teresa de Jesús, *Libro de vida*, Madrid 2014
- S. Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, e-artnow 2013